

La memoria incierta

Día uno

— ¿No me dijiste que ahora se llamaba Santiago Pontones?

— ¿Cómo dices, abuelo?

— No... preguntaba porque me dijiste que ahora el pueblo se llama Santiago Pontones. Antes Pontones era un pueblo y Santiago de la Espada otro... Acabo de ver el indicador de Santiago de la Espada igual que antes.

— No sé, abuelo. En internet ponía que se habían fusionado los dos pueblos y ahora el municipio se llama Santiago Pontones. No sé más.

El anciano apenas había despegado los labios desde que salieron de Madrid, casi siete horas atrás, lo que no era una novedad para su nieto. Su abuelo nunca había sido una persona de hablar demasiado.

El navegador decía que era una ruta que se podía cubrir en algo más de cinco horas, pero, entre que los navegadores suelen ser bastante optimistas y que el anciano tenía que parar a menudo para ir al lavabo, el viaje se había prolongado más de lo que el conductor había previsto.

No les importó. Tenían tiempo. Ya no quedaba mucho camino, unos cuarenta kilómetros según el navegador, y tenían contratado el alojamiento a pensión completa en Casa Chelo, en la propia aldea de Marchena, su destino final.

La carretera era mucho más estrecha desde que dejaron atrás Santiago. Tanto que cuando venía algún vehículo de frente tenían prácticamente que detenerse.

La estrecha franja gris ascendía con una pendiente moderada, bordeada por árboles frutales que se alternaban con frondosos bosques de pinos, por contraste con los inmensos campos de olivos que habían dejado atrás.

Las cunetas estaban tan alfombradas de flores de mil colores, y el cielo era tan azul, que parecía que estuvieran andando por un camino de cuento.

— Es curioso que aquí no haya olivos también. ¿No, abuelo?

— No, es normal. Aquí estamos a mucha altitud. El olivo no se lleva bien con el frío que hace aquí en invierno.

La ladera de la montaña se extendía hacia arriba a su izquierda, mientras que se precipitaba con una buena pendiente a la derecha.

Pronto el trazado se retorció. Por suerte el firme era bueno y no había muchos baches, pero el gran número de curvas ralentizó aún más la marcha.

Los árboles frutales dieron paso a un tupido bosque a ambos lados de la carretera. Después de casi una hora de camino retorcido, envueltos en interminables bosques entre los que a ratos se distinguían algunos prados con ganado lanar o vacuno, el navegador les indicó que habían llegado a su destino.

Aparcaron el coche a la izquierda de la carretera, junto a una de las primeras casas, que, a pesar de no tener ningún distintivo, parecía ser su alojamiento.

Después de comer, el nieto preguntó al abuelo si le apetecía dar una vuelta por el pueblo.

— No, hijo. Estoy cansado. Mejor mañana.

— Ok, abuelo. Como quieras.

Mientras que el nieto salía a estirar las piernas, el anciano se sentó en uno de los sillones del salón desde donde tenía una espléndida vista de la depresión que formaba el arroyo de Marchena.

La encargada del alojamiento le ofreció encender la televisión, pero el anciano negó agradeciendo el ofrecimiento. Quería estar a solas con sus pensamientos.

Imaginó el arroyo, allá abajo, ruidoso y transparente, juguetón en aquellos días de primavera. Aunque su caudal, como siempre, no fuera demasiado grande, la estrechez del lugar y la pendiente hacían que el agua se precipitara alegre y juguetona hacia abajo.

Al poco, evadiendo la mente del recuerdo del arroyo, levantó la vista para fijarla en el pico de El Calarico, imponente y majestuoso, e imaginó el Cerro de los Franceses a su espalda.

No lo había identificado cuando llegaron, a pesar de haberlo bordeado. Estaba un poco desorientado porque, según le parecía recordar, habían llegado al pueblo en dirección contraria a lo que la lógica le decía.

“Será por el trazado de la carretera”, pensó sin dar más importancia al asunto.

Mientras esperaba que su nieto acabara su paseo. *“Magro paseo, me temo”*, dijo pensando en que, si cuando él era un crío el pueblo eran cuatro casas, ahora no serían más de cinco.

Rememoró la Navidad pasada, cuando en Nochebuena, reunida toda la familia -bueno, toda no, faltaba su mujer; esa era su primera Navidad sin su compañía en muchos años-, sus hijos le preguntaron casi a coro:

– ¿Qué vas a querer de regalo de cumpleaños, papá? -su cumpleaños era apenas unos días después de las fiestas.

No contestó. No lo había pensado. A su edad pocas cosas podía desear ya.

Al cabo de un rato, cuando los demás parecían haber olvidado la pregunta formulada, dijo sencillamente:

– Volver.

– ¿Cómo dices, abuelo? - preguntó su nieto mayor.

– Volver. He dicho volver. Tus padres y tus tíos me han preguntado qué quería de regalo para mi cumpleaños... Pues quiero volver.

Se hizo un pesado silencio mientras todas las miradas convergían en él, sentado a la cabecera de la mesa.

– ¿Volver? ¿Dónde? - preguntó su hija mayor.

– ¿Dónde va a ser? -dijo él con la mayor naturalidad-. A mi pueblo.

– ¿A tu pueblo?

Las miradas incrédulas de todos sus hijos y nietos le hicieron sentir un cierto poder que le hizo sonreír para sus adentros. “*Los has dejado paralizados*”, pensó. Pero su pensamiento fue interrumpido por la más pequeña de sus nietas, Almudena:

– ¿El abuelo tiene un pueblo?

El comentario de la niña, de apenas cinco años, relajó un tanto el momento y provocó un alud de sonrisas.

– No, hija -intervino la madre de la niña-. El abuelo no tiene ningún pueblo, pero nació en uno. No lo hizo aquí en Madrid como nosotras, aunque nunca hemos tenido claro qué pueblo es o dónde está -esto último sonó como un reproche.

– Marchena. Mi pueblo se llama Marchena, junto a Santiago de la Espada, en Jaén -aclaró el anciano sonriendo a su nieta.

– Yo te llevaré -intervino su nieto mayor, Alfredo, de veinticinco años-, pero tendrás que esperar a que tenga unos días de vacaciones.

– Claro, hijo -dijo el anciano. Tampoco son buenas fechas las de ahora para ir allí. Hace mucho frío. ¿Sabes?

– ¡Esa no es la cuestión! -dijo la madre de Alfredo, la que había intervenido primero-
¿Por qué narices quieres ir allí, papá? Has mostrado tan poco interés por ese sitio que tus hijos apenas sabemos de su existencia. Porque le preguntamos a mamá y ella nos dijo dónde habías nacido, pero nunca hemos sabido nada de ese sitio porque tú nos lo hayas dicho. ¡Y ahora, a tu edad, te descuelgas con que quieres ir a tu pueblo!
¡Francamente, no lo entiendo! Mamá nos dijo que era algún lugar perdido por los montes de Jaén. ¿No?

– Que yo sepa no has vuelto allí nunca. ¿Me equivoco? -preguntó su otra hija más joven, igualmente molesta.

– No -dijo el anciano-, no te equivocas. Nunca he vuelto y nunca he tenido el más mínimo interés en volver, pero ahora... no sé... es complicado.

– ¡Pues no creo que sea una buena idea, papá! -intervino de nuevo su hija mayor-. Dentro de pocos días cumplés ochenta y cuatro años...

– ¿Y?

- Que es un viaje largo y probablemente pesado. Ni siquiera sabemos si hay comodidades allí. Por lo que nos dijo mamá, no es más que una aldea con cuatro casas, en medio de un monte perdido de la mano de Dios o, por lo menos, es lo que tú le dijiste a ella, y eso las pocas veces que le hablaste del lugar.

– Es cierto. Eso es lo que era, pero ahora se puede averiguar todo eso con el ordenador. ¿Me equivoco?

– No te equivocas, abuelo. Yo averiguaré si el pueblo existe y si hay algún sitio donde podamos alojarnos –dijo Alfredo, al que la idea de conocer ese lugar le motivaba para hacer un viaje que, por otra parte, podría acabar siendo pesado e incómodo de hacer acompañado por su abuelo.

– Bueno. Si hay alguna posibilidad de encontrar un alojamiento decente, estudiaremos la cuestión -dijo su hija pequeña.

– ¡Me parece que no tengo que pedirte permiso! -contestó el anciano visiblemente molesto -ni a ti ni a ninguno de vosotros.

– Papá tiene razón -intervino por primera vez su hijo, que había mantenido un prudente silencio.

– ¿Por qué tiene razón? Sabemos que está muy bien, que usa el bastón más como adorno que como ayuda, pero va a cumplir ochenta y cuatro años. No es una edad

para ir por ahí haciendo el tonto y viviendo aventuras. Además, ya sabéis que el corazón no lo tiene para tirar cohetes, que digamos.

La discusión se había prolongado durante media hora larga, durante la que sus tres hijos y sus nietos mayores habían argumentado a favor y en contra, hasta que un poco harto intervino él de nuevo pidiendo silencio y paz para acabar la noche.

– ¡Tengamos la fiesta en paz! Estamos en Nochebuena y yo voy a hacer lo que me parezca, que ya soy mayorcito, al fin y al cabo. Si Alfredo quiere llevarme, bien. Si no, alquilaré un coche para que me lleve.

La entrada de su nieto en el salón de vuelta de su paseo lo sacó de sus pensamientos.

– ¿Qué tal el paseo? -preguntó.

– Bien. El pueblo se acaba pronto, pero la vista es impresionante.

Día dos

El sol pintó el amanecer con una franja estrecha y dorada por el costado de El Calarico, sobre la lejana Loma Marchenica. Mil pájaros piaban al sol naciente, dando los buenos días a la promesa de un nuevo día.

– Había olvidado el color y la música del amanecer – dijo para sí.

Estaba solo, de pie y apoyado en su bastón junto al edificio de Casa Chelo. Su nieto y, probablemente, el resto de personas que estaban en el hotel, dormían y los grillos aún seguían con su serenata nocturna.

Estuvo allí detenido varios minutos, como dando tiempo a que el sol venciera a la mortecina luz de las, pocas, farolas que alumbraban la noche de la sierra.

Cuando vio aparecer la luz poderosa del sol dejando paso, sin lugar a dudas, al nuevo día, bajó por la calle y recorrió las todavía silenciosas cuatro calles que conformaban la aldea.

Unas pocas luces en el interior de las casas daban fe de que la jornada empezaba para algunos.

A lo lejos le pareció oír los balidos de algunas ovejas y el resonar de los cencerros. Se detuvo y aguzó el oído mientras algo se retorció en su interior.

Se sentó en un poyete adosado a la fachada de una casa, silenciosa y vacía, a juzgar por sus persianas cerradas y a la chapa metálica que aparecía en la parte baja de la puerta de entrada a modo de escudo protector.

El piar de varios pollos de golondrina lo hizo desviar la mirada hacia el alero de la casa y contemplar las bocas abiertas en el nido. Se entretuvo un rato viendo cómo los progenitores se afanaban en la alimentación de sus crías, otra escena familiar olvidada entre las brumas de otra vida.

Desde que tomó la decisión de volver, aquella Nochebuena pasada, algo que hizo sin haberlo meditado antes, sin pensarlo ni tan siquiera cinco minutos, se había planteado mil veces cómo sería, qué sentiría al notar el aire frío del amanecer en el rostro, al oír los balidos del rebaño, los cencerros, el piar de los miles de pájaros.

Aspiro profundamente el aire del monte. El olor a pino, a tomillo, a jara y romero inundó su nariz y lo transportó a otra época, tan lejana que apenas podía verla con la ayuda de su imaginación.

Se arrebujó en el chaquetón que había traído previendo las mañanas frías de la sierra y dedicó su atención a ver cómo el sol iba cubriendo primero los montes, como si fuera una amorosa manta que diera calor a la fría noche, y luego invadiendo de luz el cortado en el que se despeñaba el arroyo.

Aquella mañana, tan lejana, también había amanecido despejada, fría y olorosa, solo que, mezclado con los olores del monte, aparecía el del ganado, ovejas y cabras. Ovejas segureñas, blancas la mayoría, algunas moras, más oscuras y con colores uniformes y otras más rubiscas, con sus cabezas y extremidades manchadas de un tono rubio, como para hacer honor al nombre con el que las designaban.

Casi cien ovejas y veinte cabras componían el rebaño, si no recordaba mal.

Las había sacado del corral justo al despuntar el día y habían alborotado, con sus balidos y cencerros, el descanso de las últimas casas del pueblo.

Bajó con el ganado bordeando el Cerro de los Franceses, con el sol a la espalda y el arroyo a su izquierda, hasta llegar al puente que cruza el arroyo en un cerrado giro. Entonces se desvió del camino a la derecha hasta alcanzar a los pocos metros un amplio prado moteado de árboles viejos y copas amplias, chopos unos, fresnos la mayor parte, que proporcionaban buena sombra y frescor a las horas en que el sol aprieta.

Hacía quince días que habían vuelto de la trashumancia desde los pastos de Linares, habían cruzado el río Guadalimar y subido por el cordel de Hornos el Viejo para encaminarse luego cada rebaño a su lugar.

Un corral y un establo, que ahora permanecía vacío y que él utilizaba, a veces, para encerrar al ganado rompía la monotonía a la derecha del prado.

El ganado se dedicó a pastar mientras que él, a sus once años, se sentó en la fresca hierba y sacando un trozo de madera del zurrón y una navaja, se dedicó a tallarlo tratando de arrancarle la imagen de una cabra montesa.

Al mediodía dirigió al ganado hacía el arroyo para que bebiera y después a la sombra de los árboles para el sesteo. Cuando se estaba acomodando para comer, algo antes de hacer lo propio y regalarse con una siesta, escuchó un ruido en el establo.

Se armó con el garrote y se dirigió hacia allí temiendo que algún lobo estuviera por los alrededores y le matara alguna oveja, aunque era muy raro que hubiera podido meterse en el establo. Quizás estaba por detrás.

Se acercó con cuidado, seguido por el mastín, y miró primero dentro del corral, encaramándose para ello sobre la alta valla de piedra, subiéndose sobre un murete medio derruido, pero no había nada anormal. Luego se dirigió a la puerta del establo, situada en el lateral izquierdo de la edificación y, cuando estaba llegando, oyó una voz que procedía de dentro:

– No tengas miedo. No te haré nada.

Extrañado se detuvo, pero mantuvo firmemente asido el garrote con la mano derecha, en prevención de que alguien pudiera querer hacerle daño.

La puerta se entreabrió y pudo distinguir el cañón de una escopeta que asomaba por el filo de la puerta. Se puso tenso, pero la voz no le dejó demasiado tiempo para pensar.

– Acércate y no tengas miedo.

– ¿Quién eres? -se atrevió a preguntar.

– ¿Estás solo? -fue la respuesta.

Meditó su respuesta atentamente. Si decía que sí, el que lo amenazaba podía envalentonarse, pero si decía que no, y el otro comprobaba o ya sabía que sí lo estaba, la cosa se podía poner aún peor.

– Sí -dijo al cabo de un minuto-. Estoy solo con las ovejas. ¡Calla! -ordenó al mastín, que había empezado a ladrar.

La puerta se abrió un poco más y pudo distinguir a un hombre. Se tocaba con una boina parecida a la que él mismo llevaba, solo que aquel hombre la usaba calada casi hasta las cejas. También vio que le crecía una barba de varios días y un poblado bigote de pelo negro e hirsuto. Vestía un abrigo de paño grueso, ajado y manchado en varios puntos.

Pensó que hacía demasiado calor para ir tan abrigado. Además, llevaba un correaje sobre el abrigo, compuesto por un cinturón, del que colgaba una cartuchera con una pistola y otra para munición, y una correa en bandolera. Tanto el correaje como las cartucheras eran de cuero negro y se veían viejas, muy gastadas.

La puerta se abrió un poco más y el hombre saliendo a medias recorrió el entorno con el cañón de la escopeta por delante y la vista por detrás. Solo entonces dijo *“parece que no hay nadie”*, y salió abiertamente dejando el paso expedito para que salieran detrás de él tres hombres más, todos armados con armas variopintas e igualmente vestidos muy abrigados y con correajes.

Una vez en el exterior bajaron las armas y el que había hablado con él se adelantó y le tendió la mano.

– ¿Cómo te llamas, chaval?

Él le contestó, pero no se atrevió a estrecharle la mano.

– Vale -dijo el hombre retirándola y mirándosela-. No te lo reprocho. No es que esté muy limpia que digamos... Yo me llamo Sixto y estos son Juan, Manuel y ese otro también se llama Juan ¿Podemos confiar en ti?

Él asintió subiendo y bajando la cabeza.

– ¿De qué familia eres? ¿Quién es tu padre?

– Mi padre se llamaba Pascual, pero hace varios años que murió. De hecho, yo ni lo conocí.

– ¿Pascual?

– Sí, Pascual.

– ¿El que se casó con Antonia?

– Sí. Creo...

– Yo conocí a tu padre, era un buen hombre – cortó el extraño.

El niño hizo un gesto que lo mismo podía denotar esperanza como sorpresa.

– ¿Y cómo está tu madre?

– Mi madre murió hace varios años ya.

– Vaya. Lo siento, chaval ¿De qué murió?

– ¿De qué iba a morir...?

– Ya... perdona. A veces parezco idiota. ¡Estos mierdas de fascistas han acabado con la vida y la decencia de este país! ¡A los que no mataron a tiros los dejan morir ahora de hambre y necesidad!

– ¿De qué conocía usted a mi padre? -se atrevió a preguntar.

– Del pueblo. Yo también soy de aquí, ¿sabes?

El chaval se quedó pensativo un instante. Decía que era del pueblo, pero él nunca había oído hablar de ningún Sixto.

–¿Y sabe usted cómo murió mi padre?

-
- No estoy seguro. Yo no estaba. Tan solo me llegó la noticia. Creo que le alcanzó la metralla de una bomba en el frente de Pozoblanco. Eso debió de ser...
- En el treinta y ocho - remachó el niño
- Sí, eso, en el treinta y ocho.
- ¿Y con quién vives?
- Con mi hermano. Es mayor que yo, pero no me hace mucho caso. Menos aún desde que se casó.
- Vaya, vaya... Así que estás más solo que la una... Mira, nosotros no te vamos a molestar, solo queremos refrescarnos un poco en el arroyo y comer algo. Luego seguiremos nuestro camino.
- Vale.
- ¿Puedes vigilar que no venga nadie mientras nos aseamos?
- Claro. Voy a vigilar el camino. El ganado está tranquilo ahora. Si viene alguien, silbaré.
- Vale. Gracias, chaval. ¿No tendrás algo que comer...?
- No, solo lo que llevo para mí...
- Vale. No te preocupes. Nosotros llevamos algo. Ya sabes, si viene alguien silba - contestó Sixto guiñándole un ojo.
- Vale.

El niño se retiró un poco hasta una zona donde pudiera ver el camino mientras que los hombres bajaban hasta el arroyo. Al cabo de un rato, el hombre se acercó y lo llamó en voz baja. Comieron juntos y charlaron mientras los demás fumaban, hasta que dijo:

- Chaval, nosotros nos vamos ya. Oye, gracias por todo.
- ¿Volveréis?
- Seguro.
- Es que no sé si estaré por aquí o estaré en otros pastos, a estos...
- No sufras, te encontraremos. Gracias otra vez.

La voz de su nieto lo sacó de sus pensamientos.

- ¡Abuelo! Me he asustado al no encontrarte. Pensé que te había pasado algo.
- No te preocupes. Solo he salido a ver el amanecer.
- ¡Ya, pero no sabía dónde buscarte! He recorrido todo el hotel...

– Creo que no hay muchos sitios por aquí donde perderse. ¿No?

– ¡El bosque!

El anciano rio de buena gana.

– No te preocupes. Ya no tengo edad para irme al bosque a perderme. Anda, vamos a desayunar que tengo hambre -dijo el anciano levantándose del poyete.

Ambos recorrieron, a paso lento, el camino de vuelta disfrutando del aroma y el frescor de la mañana. Las primeras chicharras parecían afinar sus cánticos, con los que tenían pensado amenizar el paisaje serrano hasta la puesta del sol.

– No me habías dicho que hacía tanto frío por aquí.

– Sí te lo dije. Por eso llevas esa cazadora. Recuerda que querías venirte solo con pantalones cortos y camisetas.

– Sí, es verdad. Menos mal que te hice caso.

– No te preocupes. En una hora ya hará calor.

– ¿Dónde vivías cuando estabas aquí, abuelo?

–¿Vivir? Sí... supongo.... -contesto el anciano más para él mismo que para su nieto-. Por ahí abajo. No creo que exista ya la casa. Las que veo son todas nuevas o muy reformadas. No, seguro que ya no existe. No habría llegado en pie hasta ahora.

– ¿Y... tus padres? ¿Qué edad tenías cuando te marchaste de aquí?

– ¡Uy, uy, uy! Preguntas demasiado. Anda, vamos a desayunar. Tiempo habrá...

Desayunaron hablando de nimiedades. El anciano no parecía querer que la persona que les servía el desayuno oyera lo que tuviera que decir y el nieto aceptó su silencio. Además, sabía que su abuelo era una persona de pocas palabras.

Después de desayunar el anciano preguntó si podrían ir a un lugar con el coche.

– Claro, donde tú quieras. ¡Vamos, a eso hemos venido! ¿No?

– No. Lo digo por si podrá pasar el coche. Es un camino de tierra...

– No sufras. Probamos. Si podemos pasamos y, si no podemos, pues no.

Se metieron en el coche y el anciano le dijo que tendrían que coger por la carretera que pasaba por la parte superior de la calle en la que estaban. Así que dieron media vuelta para girar a la izquierda en el cruce situado apenas a veinte metros.

– Sigue recto por aquí - dijo el anciano una vez que hubieron entrado en la carretera.

Era la misma carretera por la que habían llegado hasta el pueblo, solo que aquí parecía más estrecha aún y peor conservada.

•

Cuando habían recorrido algo menos de un kilómetro enfilaron una bajada pronunciada para llegar a una curva muy cerrada a la izquierda, después de haber pasado, a la izquierda, ante lo que parecía un almacén, una edificación relativamente nueva, de color gris con un par de puertas grandes que acabada en un patio cerrado con tela metálica.

– Para, para.

El nieto detuvo el vehículo en el centro de la calzada. Tampoco había ningún lugar al que arrimarse, ni ningún otro vehículo al que estorbar.

– Me he equivocado.

– Ya me parecía a mí que por aquí no iríamos a ningún sitio -comentó el nieto mirando al frente donde la carretera, ya convertida en calle, se dividía en dos caminos de tierra más estrechos aún.

– Da la vuelta, anda.

El coche dio la vuelta y empezó a subir la cuesta despacio. El anciano miraba a ambos lados, tratando de descubrir el camino que buscaba. Un poco antes de llegar al punto donde se acababa la pendiente, el anciano le pidió que se detuviera de nuevo ante un camino que salía a la izquierda.

– Tiene que ser por aquí - dijo el anciano señalando el camino.

– ¡Claro, no hay otro camino! - rio Alfredo.

– No seas impertinente, niño.

El anciano se sumó a las risas del nieto.

– ¿Cómo lo ves? ¿Podremos pasar?

– Supongo.

Enfilaron el camino que subía en una pronunciada pendiente que, por suerte, se acabó pronto y pasaron a recorrer la ladera del monte que quedaba a su derecha. El camino se ensanchó un poco y también empezó a presentar menos piedra suelta y más tierra, aunque había numerosos baches que los obligaban a avanzar prácticamente al paso.

Tardaron algo más de un cuarto de hora en recorrer poco más de un kilómetro. Cuando llegaron a una curva muy cerrada a la izquierda y cruzaron el arroyo por un puente, el anciano pidió que parara el coche.

– ¡Creo que es aquí!

La voz del anciano no reflejaba alegría ni sorpresa, tan solo duda. Cuando el vehículo estuvo apartado del camino, abrió la puerta y bajó.

– ¡Anda, vamos! ¿Qué esperas?

– Voy -dijo el nieto, que no acababa de entender qué quería hacer su abuelo.

Cruzaron el puente andando y entonces el anciano se salió del camino y tomó una vereda estrecha que se abría a la izquierda.

– Abuelo, ¿seguro que quieres ir por aquí? Mira que el camino no es muy bueno...

– Son unos pocos metros. No te preocupes.

– No me preocupo. Lo que no quiero es que te caigas y te hagas daño.

– Tú quédate aquí a mi lado por si acaso. No te preocupes, que no me voy a caer.

Realmente el anciano abordó la senda con una seguridad que no parecía propia de su edad, parecía esperanzado en llegar a algún sitio que el nieto no acertaba a entrever.

Cien metros después pasaron por una arboleda. El anciano observó los árboles con una mirada acuosa, tratando quizás de descubrir un recuerdo, un lugar familiar.

Desembocaron en un prado verde, no muy grande, y el anciano se detuvo.

– Aquí - dijo.

– ¿Aquí? ¿Qué pasa aquí?

Por toda respuesta el anciano siguió andando hasta cruzar el prado en diagonal, hacia la derecha, y avanzó bajo otros árboles, seguido de cerca por el nieto.

Vieron un corral formado por muros altos de piedra y el anciano se detuvo para tomar aliento mientras miraba al frente. Luego siguió andando, bordeó el corral y se dirigió a una puerta que había en la edificación. La entreabrió y miró dentro.

– ¿Se puede saber qué demonios buscas, abuelo? -inquirió ahora serio el nieto.

– Aquí solía encerrar el ganado.

– ¿El ganado? ¿Qué ganado?

– Y también aquí los conocí.

– ¿Qué conociste a quién? Abuelo, me vas a tener que dar un par de explicaciones. Al fin y al cabo, te he traído hasta aquí, y en contra de la opinión del resto de la familia.

– No te preocupes. Te lo explicaré. Busquemos un sitio donde sentarnos.

El anciano esperó mientras Alfredo movía un par de piedras del muro que aparecían caídas, para preparar un precario asiento para su abuelo. Cuando estuvo

•

satisfecho porque parecía estable, se lo ofreció, y aquel se acercó y se sentó, desconfiado al principio y más confiado cuando comprobó la estabilidad del conjunto. Alfredo hizo lo mismo a su lado, pero directamente en el suelo.

– No hemos traído agua, ¿verdad?

– ¡Abuelo, no! ¡No hemos traído agua!

El anciano miro alrededor, como tratando de impregnarse del agradable entorno, buscando quizás un poco de ayuda para contar algo que no le había contado a nadie nunca, ni tan siquiera a su mujer.

Y no es que le preocupara contarlo. No había nada malo en ello. Bueno, al principio sí que tenía miedo, miedo de la policía y de la guardia civil, pero al cabo de unos años a nadie le importaba ya nada de lo ocurrido en aquel remoto paraje de la provincia de Jaén.

No tenía por qué tener miedo, pero sentía una especie de pudor, como si le debiera algo a aquellos hombres que había conocido allí, en medio de ningún sitio.

Sentía que hablar de ellos era como delatarlos, como descubrir su escondite.

– Aquí, una vez... en otra vida, fui pastor -hizo una larga pausa, que fue respetada con cierta dosis de impaciencia y asombro por Alfredo-. Yo traía el ganado desde el pueblo hasta aquí, a pastar. Bueno, aquí y a muchos otros sitios. El ganado se tenía que mover continuamente. Los pastos se acaban y tienes que llevarlos a diferentes lugares en función de la disponibilidad de alimento y de los pastos de los que disponga el señor del ható...

– ¿El señor de qué? -interrumpió su nieto.

– El señor del ható. Es como llamábamos a los propietarios de los rebaños. En otros lugares también los llamaban amos, pero aquí la costumbre era llamarlos señores de los hatos.

– Ya... Pero ¿el rebaño no era tuyo, entonces?

– ¿Mío? -el anciano se echó a reír de buena gana-. Yo no tenía ni donde caerme muerto. Gracias podía dar al cielo porque comía todos los días, unos más y otros menos, pero todos los días. Había otras personas en el pueblo que no tenían ese privilegio.

»Eran tiempos muy duros. Yo tenía once años, a mi padre lo mataron en la guerra el año en que yo nací, nunca lo conocí, y mi madre murió cuando yo tenía siete años.

Cuando me quedé huérfano, apenas había empezado de zagal con otro pastor de la zona, Germán se llamaba. Era una buena persona, pero tampoco podía pagarme mucho. De hecho, trabajaba por la comida y algo de leche que llevaba para casa, cuando las ovejas o las cabras daban leche. En realidad, creo que él la hurtaba al señor del hato y me la daba poco menos que a escondidas.

»Pero me enseñó el oficio. Tanto es así que con once años ya trabajaba de pastor, aunque dudo que le pagaran a mi hermano como tal. Debían pagarle como zagal lo más seguro, aunque yo trabajara como pastor.

– ¿Le pagaban a tu hermano?

– Claro. Yo era poco más que un niño. Ni entraba en conversaciones ni tenía derecho a opinar. A mí me decían ve y yo iba. Punto.

»Para mi hermano era importante tener una boca menos que alimentar, al menos durante la trashumancia, que eran seis meses al año más o menos. Era un tiempo en el que no se tenía que preocupar de ponerme un plato por delante, pero el resto del año sí era un problema para él.

»Lo cierto es que, en mayo de mil novecientos cuarenta y nueve, yo había vuelto de pasar el invierno en las tierras de abajo y, estando aquí con el ganado, me sobresaltó un ruido en el establo, me acerqué y me asusté al ver a cuatro hombres armados que me apuntaban con las escopetas.

»El primero, que fue con el único que hablé en aquel momento, se llamaba Sixto y sé que era de aquí, de Marchena, y que conoció a mi padre. De los otros tres, no me acuerdo bien. Creo que dos eran de Albacete.

– Abuelo, no te quiero interrumpir, la historia es fascinante, pero es la hora de comer y si llegamos tarde lo mismo nos quedamos a dos velas. Tampoco quiero tener a la señora del hotel esperando y en el pueblo, ya has visto, no hay ningún otro sitio al que acudir.

El anciano suspiró profundamente y contempló el vuelo de dos mariposas, de un blanco inmaculado, que dibujaban rayas imaginarias con su danza en el espacio.

Ahora que se había arrancado a contarle a alguien aquella historia le fastidiaba tener que parar a medias. Pero su nieto tenía razón, así que se ayudó del bastón y, agarrándose a la mano que le tendía su nieto, se levantó y ambos recorrieron el camino de vuelta hasta el coche.

•

Después de comer se trasladaron al salón y, una vez acomodados, Alfredo instó a su abuelo a continuar con la historia.

- Déjame que descanse ahora un rato, hijo. Estoy cansado.
- Como quieras, pero me debes el resto.
- Tiempo habrá. No te preocupes, mañana será otro día.
- Recuerda que mañana nos vamos.
- Lo recuerdo. No sufras.

Alfredo, mientras su abuelo dormía una plácida y reparadora siesta, salió a la calle y decidió acercarse hasta el lugar donde habían estado por la mañana.

Fue un agradable paseo a pie. Cubrió los poco más de dos kilómetros en veinte minutos y una vez allí bajó hasta el arroyo, agreste, con enormes piedras que el tiempo y la erosión habían colocado allí.

Subió de nuevo al corral, lo inspeccionó y trató de imaginarse a su abuelo, con doce años, rodeado de ovejas, deambulando por allí, pero fue incapaz y desechó la idea.

Intentó entrar en el establo, pero estaba cerrado con llave, así que se limitó a mirar por el ojo de la cerradura. *“La llave debe de ser enorme”*, pensó. Tampoco había nada allí que tuviera interés para él. Pesebres y poco más.

Volvió al pueblo, pero en vez de ir directo al hotel entró por la parte baja del caserío, saludó a un par de personas que se encontró en su camino y trató de identificar alguna casa antigua. Su abuelo había dicho que su casa estaba *“por ahí abajo”*.

Desistió también de encontrar una casa antigua. Todas las que vio estaban rehabilitadas o eran nuevas.

Al volver al hotel saludó a las personas que se agolpaban en amena conversación ante la puerta trasera de una furgoneta abierta, donde un hombre vendía diversos productos a los allí reunidos.

Día tres

El día amaneció apagado, por contraposición al día anterior, en el que el sol brillaba desde primera hora. Negros nubarrones avanzaban rápidamente desde el este con la intención de cubrir todo el pueblo.

Mientras que desayunaban empezó a llover, o eso pensaron cuando, al dirigirse a la puerta para ir al coche, vieron cómo todo estaba mojado y una espesa cortina de agua les disuadía de salir.

– Esperen, que los acompaño al coche.

Agradecieron no tener que mojarse y recorrieron el escaso trecho hasta el coche protegidos bajo el enorme paraguas.

Primero fue el anciano, que se metió tan rápido como pudo en el asiento del copiloto. Después fue su nieto que, después de meter las dos maletas en el maletero, se introdujo en el asiento del conductor.

Arrancaron y dejaron atrás Marchena. Alfredo se fijó en que su abuelo no volvió la vista ni una sola vez.

– ¿No miras para despedirte de tu pueblo?

– No hay nada ahí de lo que me tenga que despedir -contestó parco el anciano.

– ¿Me vas a contar el resto?

– Claro. Ya te dije ayer que lo haría, pero ahora céntrate en conducir, que llueve mucho y la carretera es estrecha y llena de curvas.

Alfredo se resignó y se centró en conducir.

Cuando estaban llegando a Santiago de la Espada, el anciano despegó los labios de nuevo.

– Busca la plaza y tomamos un café, si no te importa.

– Claro. Me irá bien parar un rato, que el camino hasta aquí ha sido difícil con tanta curva y tanta agua.

Alfredo siguió recto hacia el centro del pueblo en lugar de tomar la carretera de circunvalación y, guiándose por el más puro instinto, fue a dar con un tramo de calle más ancho que el resto.

El anciano miraba las calles tratando de orientarse, cuando vio un letrero que ponía *“Calle de la fuente”*.

– Es aquí. Si esta es la Calle de la fuente, es al final de esta calle.

– ¿Qué hay al final de esta calle, abuelo?

– Eso es el ayuntamiento, ¿verdad? -preguntó el anciano sin responder a la pregunta.

– Eso parece, al menos por las banderas.

– Pues aparca donde puedas.

•

Aparcó justo enfrente de la entrada del ayuntamiento y el anciano se precipitó a bajar del vehículo.

Había dejado de llover, pero la calle estaba llena de charcos y el ambiente había refrescado mucho con respecto al día anterior. Abrió la puerta trasera y se puso el chaquetón que había dejado allí al subirse al coche.

– Ese edificio es nuevo -dijo señalando al ayuntamiento. No lo recuerdo.

– Tiene pinta de no ser muy viejo ¿Y ese café al que me ibas a invitar?

El anciano miró alrededor y señaló un bar. Cuando se dirigían hacia la puerta, se desvió haciendo que su nieto se detuviera por un instante. El anciano se acercó al centro de la plaza y miró alrededor, como tratando de recordar algo.

Entraron en el bar y el anciano se dirigió a una mesa que estaba puesta junto a una ventana desde la que se podía ver la plaza.

– Bueno, abuelo, ¿vas a terminar de contarme la historia?

– Claro -contestó el anciano suspirando-. ¿Por dónde me quedé?...

– Me estabas diciendo que el hombre que viste se llamaba...

– Sixto. Ya me acuerdo. El que salió primero del establo se llamaba Sixto y fue con el que tuve más contacto. Los otros eran más callados. Sixto era de Marchena y había conocido a mi padre. Eso es lo que más llamó mi atención. Los otros, no sé, creo que eran de Albacete. Me falla la memoria.

»No sé si eran buena o mala gente. Solo sé lo que me contó Sixto, que dijo que durante la guerra habían luchado en el bando de la República y que, acabada ésta, los habían recluido en diversos campos de concentración y que, como la vida allí era imposible, se habían fugado y luego se habían juntado en la sierra por pura casualidad.

Los cafés interrumpieron el relato. El anciano esperó a que el camarero se hubiera ido para continuar.

– Me dijeron que en realidad no tenían ideales políticos. Bueno, uno sí. Uno me dijo que había sido alcalde, pero no era Sixto. Lo cierto es que, habiendo perdido la guerra y habiéndose fugado debido a las durísimas condiciones de vida de los campos, era *“o te escapabas o te morías de hambre y penurias”*, dijo. No quedaba más camino que la sierra.

Lo cierto es que aquel día estuvimos hablando un buen rato. Comimos cada cual de lo suyo. Tampoco es que ninguno tuviéramos mucho que compartir. Y luego simplemente se fueron.

Durante aquel verano los vi en diversas ocasiones. Yo intentaba tener algo que ofrecerles, un poco de pan, unas manzanas que robaba al pasar por cualquier huerto... lo que fuera, y ellos compartían conmigo lo poco que tenían, una liebre o una perdiz que hubiera caído en alguna de las trampas que ponían. Una vez que no tenían nada matamos un cordero y luego le dije al señor del hato que había bajado el lobo.

– ¿Y te creyó?

– Supongo que no, pero tampoco le quedaba otra. Le dije que no había matado más porque entre el perro y yo habíamos conseguido ahuyentarlo -el anciano sonrió recordando ese momento-. En fin, que durante aquel verano estuve relativamente a menudo con aquellos hombres. Me enteré de algunas cosas sobre mi padre y mi madre que no sabía, nada del otro mundo, y llegó noviembre, y con los fríos tocó bajar con el ganado y perdí el contacto.

»Al cabo de seis meses, como siempre, volví a Marchena, en mayo, como cada año. Volví a los pastos de la montaña y a los sitios donde teníamos nuestros encuentros, pero los primeros días no aparecieron.

»A finales de mes, no sé el día exacto, por aquel entonces no teníamos calendarios ni yo sabía contar el tiempo más allá de que por la mañana salía el sol y por la tarde se ponía, me pareció escuchar unos tiros a lo lejos, bastante lejos de donde yo estaba. Al día siguiente traté de acercarme a la zona con el rebaño y volví a oír tiros, esta vez con más claridad, pero, claro, no me atrevía a acercarme.

»Al anoecer, cuando iba camino del corral, oí una gran explosión. Encerré el ganado en el corral que viste ayer y en vez de ir a casa de mi hermano volví al monte, en dirección al Cerro de Marchena, por donde había oído la explosión. Vi algunas luces de lejos y pasé la noche escondido bajo unos arbustos.

»Cuando amaneció, oí algo de jaleo. Entonces vi que varios guardias civiles bajaban de la sierra tirando del ronzal de un par de mulos que llevaban dos bultos encima. Me armé de valor y salí a su encuentro. Al verme a lo lejos, detuvieron su marcha y se pusieron alerta hasta que vieron que solo era un chaval.

»Uno de ellos me gritó que me marchara. Yo me detuve y pregunté a mi vez dónde los llevaban. El que me había gritado hizo ademán de acercarse empuñando el fusil en actitud amenazadora, pero otro lo detuvo y me gritó “A Santiago”.

»Llorando como una madalena eché a correr monte abajo hasta llegar al camino que conectaba Marchena con Santiago.

»Cuando llegué, los guardias ya habían llegado y estaban bajando los dos cadáveres de los caballos y los apoyaban contra una pared. Los dejaron como si estuvieran sentados.

»Esperé porque salieron varios hombres de un edificio. Supongo que el alcalde y la gente del ayuntamiento, a los que se sumó el cura. Hablaron durante un buen rato, situados alrededor de los cadáveres. Los curiosos se fueron acercando, aunque no demasiado, y comentaban entre ellos mientras fumaban un cigarro. Las mujeres que pasaban miraban y se santiguaban antes de seguir su camino murmurando rezos.

»Cuando, al cabo de un buen rato se marcharon los hombres y se quedó solo un guardia civil, el mismo que me había contestado en el monte, me atreví a acercarme, no demasiado. Uno de los cadáveres que me pareció identificar con Sixto presentaba

varios disparos en el pecho. Al otro me fue imposible identificarlo. Estaba medio quemado.

»Habían colocado un cartel, pero no pude leerlo. El guardia civil, al reconocermelo, se acercó y me dijo “no te metas en líos”. No lo dijo como una amenaza. Su tono era incluso un poco paternal.

»Miré de nuevo los dos cadáveres. Los ratos que pasé con aquellos hombres fue lo más parecido a reuniones familiares que tuve durante mi infancia.

»Salí corriendo y en lugar de volver a casa de mi hermano busqué el cordel y bajé de la sierra. Tardé dos años en llegar a Madrid.

»Y eso es todo. Nunca más he vuelto por aquí. Hasta ahora, que apenas puedo recordar sus caras, que se han quedado desdibujadas en mi memoria incierta.

El anciano había terminado de hablar con la mirada perdida, más sumergida en los recuerdos de un pasado tan lejano que en el presente.

– ¡Caray abuelo! ¡Menuda historia! -dijo Alfredo al cabo de un rato, mientras que su abuelo continuaba mirando por la ventana, con la vista fija en una pared frente al bar.

– Sí -contestó el anciano-. Menuda historia.

– Me has dicho que no pudiste leer el cartel. ¿Y eso?

El anciano miró a su nieto, luego miró el café, que no había tocado y contestó:

– No sabía leer.

– ¿Cómo que no sabías leer? Abuelo, eres un gran escultor, reconocido por medio mundo... una persona culta y formada... reconocida.

– ¿Y...? Aprendí a leer con casi veinte años.

Epílogo

Al cabo de dos meses el anciano recibió un WhatsApp. No es que fuera muy ducho con la tecnología, pero se defendía. Era de Alfredo, su nieto.

¡Abuelo, he estado investigando! Y no creas que ha sido fácil.

Lo que me contaste pasó el 22 de mayo de mil novecientos cincuenta. Los cadáveres que viste eran el de Sixto García, alias “el de Marchena”, y el de Julián Ruíz, que fue alcalde republicano de Yeste. Los otros dos que conociste eran Juan Sáez, que había sido alcalde republicano de Nerpio, en Albacete, que no estuvo mucho con el grupo y se marchó presumiblemente

al exilio; el otro era Manuel Romero, que había sido secretario del mismo ayuntamiento.

Manuel Romero, en marzo de mil novecientos cincuenta se entregó a la guardia civil y denunció el escondite de Sixto y Julián.

El anciano leyó el mensaje y, sin contestar, apagó el teléfono.